

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

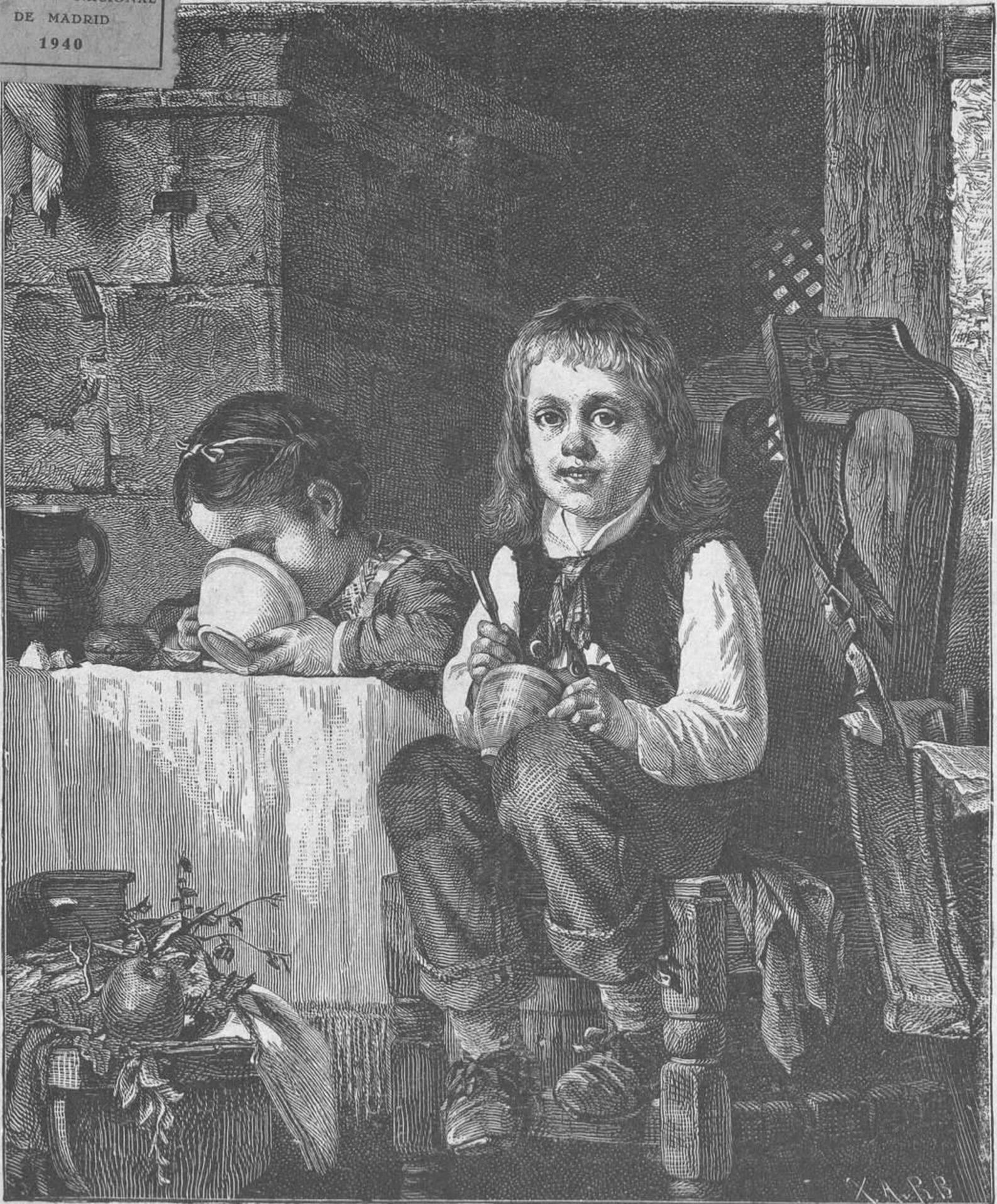
PERIÓDICO ILUSTRADO.

AÑO XXV.

MADRID 1.º DE SEPTIEMBRE DE 1893.

NÚM. 292.

DONATIVO DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MADRID
1940



ALEGRÍA Y TRISTEZA.

Ciertamente hay niños, que, cuando abren por la mañana sus ojos á la luz y dejan el lecho, ya quieren tener el desayuno pronto, y gruñen y se incomodan, aunque sólo tengan que andar unos pasos para pasar á otra habitación donde han de encontrar un comfortable almuerzo.

Yo me admiro, y pienso cómo se compondrían esos muchachos holgazanes, si se hallasen en lugar de Pablo y Josefina Duval, que en invierno y verano tienen que levantarse muy temprano y arreglárselo por sí mismos todo, como mejor pueden hacerlo.

Ellos no tienen madre. ¡Pobres niños! Josefina no puede ni acordarse del tiempo en que murió y los dejó; pero Pablo, mayor que ella, puede contarle la historia del día en que su mamá lo llevó, y le dijo «adiós» encargándole que cuidase de su pequeña hermanita.

Su padre, amable y bueno, es un pobre jornalero, que apenas tiene lo suficiente para las más perentorias necesidades de la vida, y alimenta y viste á sus hijos. Pablo cuida á Josefina todo lo mejor que puede, siendo extremadamente cariñoso con ella.

Permitidme que os diga cuáles eran sus deberes esta mañana: su padre salió á su diaria ocupación, casi antes de amanecer, dejando á sus hijos hasta el medio día, que era la hora de su regreso. Muy temprano Pablo se levantó y fué á comprar leche y pan para el des-

ayuno; cuando lo trajo todo y lo preparó, llamó á su hermanita y poniéndole una gran taza delante se sentó á su lado, bendijo su desayuno y tan gozosos lo tomaron; y así hacía todos los días. Luego preparaba una olla con legumbres para que cuando viniera su padre todo lo encontrara pronto. Si alguna vez el niño tenía alguna duda, acudía á una excelente vecina, que lo quería mucho al ver sus buenas cualidades.

¡Cuán diferente era la vida de Enriqueta! Vivía en una casa próxima á la cabaña de estos dos niños, y mientras la fuerza y la salud se veían impresas en las fisonomías de Pablo y Josefina, la palidez cubría la suya. Su naturaleza indolente no la permitía dedicarse á nada: *se fastidiaba de todo*, como ella decía, y os advierto que no la faltaba nada, de esas mil comodidades que hacen tan amable la vida. Era una pena para sus padres ver así á su hija, tan niña y tan cansada ya de todo, y ellos comprendían que aquella poca actividad no convenía en ninguna manera á Enriqueta.

Así se iban pasando los días, y llegó la primavera, y Enriqueta, que se levantaba siempre á las diez de la mañana y encontraba, cuando pasaba al comedor, á sus padres que la estaban aguardando, y luego bajaba al jardín á recrearse admirando las más lindas flores, se fijó por casualidad en los niños de la cabaña, se enteró de que eran huérfanos de madre, y pidió un día per-

miso á su mamá para ir á verlos, y fué y se admiró de la compostura y el orden que reinaba en todo, pero sobre todo lo que más la impresionó fue la alegría y el contento de los dos hermanitos. Esto fue una lección de mucho provecho para Enriqueta, cambió enteramente su vida, y su naturaleza se fortificó por la actividad, que es un tesoro en la existencia, pues sin ella no se hace nada. El niño la necesita para sus estudios, los mayores para sus negocios, los criados para sus deberes; en una palabra, es una de las mejores cualidades que adornan á una persona.

LA SÚPLICA

Cuando Aquiles mató á Héctor, y lo arrastró siete veces alrededor de la ciudad sitiada, por la tarde, un viejo desarmado presentóse ante la puerta de su pabellón. El viejo era Priamo. Fué á pedir al riguroso vencedor el cadáver magullado de su hijo, y besándole la mano, le dijo:

—Imaginaos cuán grande es mi desgracia, cuando beso la mano que ha matado á mi hijo.

Aquiles derramó una lágrima y entregó el cuerpo de su enemigo.

¿Cuál fue el poder que ablandó aquel corazón feroz? ¿Cuál fue el encanto que triunfó de él?

Ese poder y ese encanto fueron la súplica.

Si la fuerza no encontrase en alguna parte una barrera que la detuviese, si nada se humillase ante la fuerza, ¿qué sería de los pequeños y de los desgraciados?

Dios dió á la flaqueza y á la desgracia un arma que hiciese envainar la espada, calmar la cólera, extinguir la injuria, y reparar las desigualdades de la suerte: le dió la súplica.

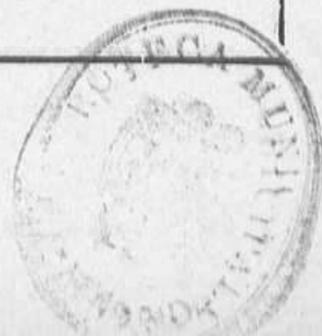
Cubierta de humildes ropas, con la frente inclinada, la mano extendida, va incesantemente del corazón del flaco al corazón del fuerte, y con su majestad suplicante domina al universo. Cuanto de más bajo se levanta la lamentación, tanto más elevado es el trono en que se sienta, y es más seguro su imperio.

Si el insecto nos pudiese suplicar, cuando vamos á pisarlo, su súplica nos causaría una profunda compasión.

Siendo Dios superior á todo, ninguna súplica es más victoriosa que la que á él se dirige.

Y la súplica que restablece nuestras relaciones con Dios, nos hace sentir su acción y nos lleva á hacerle violencia, sin perjudicar, sin embargo, á su libertad.

Por eso dice Jesucristo: «Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá: porque todo el que pide, recibe; el que busca, halla, y al que llama se le abre.»



REMEDIO EFICAZ

(CONCLUSIÓN)

—Sí, señor—contestó Eusebio, turbado y sin saber lo que se decía; sólo mirando á su padre que aparentaba no oír la conversación, estaba pendiente de sus labios por si revelaba el fatal secreto. Una pregunta que hizo otro de los comensales varió la conversación, y Eusebio empezó á respirar creyendo que no se ocuparían más de él, cuando he aquí que otro solícito convidado que estaba trinchanto, fingiendo lamentarse de su poco acierto, exclama:

—Valiente *cuchillo*, ¡no parece sino que está embotado!

—¿Qué decía usted del *cuchillo*?—le preguntó el padre de Eusebio, saliendo entonces de su distracción.

—Decía—contestó el otro—que me alegrara tener aquí en la mesa algún inteligente en la fabricación de los *cuchillos*, para que me dijese si tiene más de hierro que de acero este *cuchillo* que tengo en la mano, pues no se puede hacer cosa de provecho con él.

—Yo no entiendo una palabra de composición de *cuchillos*,—dijo el padre;—pero tal vez no falte en la mesa alguno que haya completado su educación en la calle de *Cuchilleros*.

Esta repetición de palabras hizo más daño á Eusebio que si le hubiera dado de cuchilladas.

Figurósele que cuantos estaban en la mesa fijaban en él la vista, y que su padre se había concertado con sus ami-

gos para mortificarle públicamente. Ausentóse de la mesa bajo pretexto de una indisposición que efectivamente sentía, y retirado á su cuarto, se arrojó sobre el lecho, y con el sofoco que había recibido durante la comida, esta no le hizo provecho, originándosele una indisposición que pareció de algún cuidado.

La madre, sentida en extremo, reconvino á su esposo por querer llevar tan adelante la corrección; pero él sólo desistió de su idea cuando vió en su hijo señales positivas de arrepentimiento. Efectivamente, Eusebio consultó con la almohada lo que había pasado, reflexionó sobre su conducta, conoció cuáles eran sus verdaderos intereses y cuál el objeto de las correcciones de su padre. Al fin obtuvo de este la promesa de que no volvería á tirar del fuelle; pero que sabría tomar providencia aun más enérgica si volvía á las andadas. No ha sido necesario tomar esta providencia: Eusebio mudó enteramente de conducta, y hoy día puede servir de modelo á los jóvenes, por su juicio, por su amor á su padre y por su aplicación al estudio.

*
* *

No deseehes, hijo mío, el castigo del Eterno, ni te fatigues de su corrección.

Porque el que ama y quiere, como el padre al hijo, á ese castiga.

Prov. 3, 11 y 12.





EL FARISEO Y EL PUBLICANO

Un pobre inválido no puede vivir sin la limosna y socorro de los buenos. Abandonado á sí mismo, acabaría por perecer.

Así es el hombre en su vida espiritual. Sin la ayuda de Dios le es imposible vivir espiritualmente y salvarse. «Sin mí nada podéis hacer»—Decía Jesucristo

—porque «yo soy el camino, la verdad y la vida.» Y por eso San Pablo confesaba que, no pudiendo por sí mismo nada, sin embargo, «todo lo puedo—decía—en Aquel que me conforta.»

Se dirá que esto es vergonzoso y humillante; lo es efectivamente, pero no por eso es menos verdad. ¿Qué adelanta el inválido con echar baladronadas y hacer alardes? Llega el momento de la

prueba, y nada puede. ¿Qué adelanta el hombre con creer y repetir en su orgullo que él es su propio salvador? Si no tuviese otro, le pasaría lo que pasa á los que así pensaban antes y piensan hoy: van á andar y sólo dan caídas lastimosas.

El fariseo de nuestra lámina es el tipo de un discípulo de esa escuela, que por desgracia está muy extendida. Se ufanaba de su bondad, hacía alarde de sus buenas obras, se creía muy superior al publicano... Si así era, ¿para qué hacer oración á nadie? Si de nadie necesitaba, ¿para qué llamar á Dios? Mas su oración, lejos de hallar eco en la bondad del Señor, provocaba sus justicias. Era un acto de soberbia, y al que vaya á Dios con soberbias, el Señor le aplastará.

Así hay muchos, muchos en el catolicismo romano, que orgullosos con sus obras, en ellas creen hallar título para salvarse, quieren salvarse por sus méritos, por sus puños. No oran con el desdoro del fariseo de la parábola, pero el espíritu de su oración es el mismo. Esas oraciones son abominación á Jehová.

Así hay muchos, muchos también en la incredulidad, que, á semejanza de los católico-romanos, creen salvarse por sí mismos, porque los extremos se tocan.

En cambio vemos al publicano, que escondido en un lugar apartado del templo, reconoce su pecado, reconoce su necesidad, confiesa sinceramente su pobreza y pide humildemente la limosna de la gracia.

¿Y qué pasó? El Maestro lo dice ter-

minantemente: éste volvió justificado, el otro no.

No nos cansaremos de repetirlo. El primer paso para tener entrada á Dios es reconocer nuestro pecado, y cuanto más ahondemos en esto más conoceremos nuestra necesidad, y con más enérgicos clamores pediremos misericordia.

La humildad, pero no humildad ficticia, sino basada sobre el propio conocimiento, es la recomendación mayor para ser oídos de Dios.

CULTO Á LA LUNA.

Se cuenta que un padre que educó á su hijo sin darle ninguna noción religiosa, para que él eligiese en su día la que tuviese por más conveniente, vió una hermosa tarde de primavera al niño puesto de rodillas en el jardín con sus ojos y sus manos levantados al cielo.

—¿Qué estás haciendo, hijo mío?

—Papá, estoy adorando al sol, que me da una luz y un calor tan buenos.

El pobre muchacho, no habiendo oído hablar de Dios ni de religión, adoraba al sol. Su corazón tenía necesidad de adorar, no se le había enseñado otra cosa y adoraba al sol.

Una cosa parecida, dice un periódico de París, ha acontecido en una de las escuelas municipales de París, que ya se saben que son laicas. Un profesor de canto deseaba que sus discípulos ejecutasen un himno en la distribución de premios. Y como el Municipio había

proscrito á Dios de las escuelas, el buen profesor hizo un himno de adoración á la luna.

Casta hija de Latona,
Escucha nuestros acentos:
Lleguen á tu excelso trono
Nuestras voces de respeto.

En los cielos y en la tierra
Todo á tu ley obedece,
Amable espantas las sombras
Y la noche desaparece.

Se te consulta en la paz,
Se te consulta en la guerra;
Y en todo país y clima
Eres reina de la tierra...

.

No se nos cuenta si los niños, al entonar tal himno se pusieron de rodillas; lo que sí hallamos lastimosamente cierto es, que el sentido común de ciertos pensadores de nuestros días está, no de rodillas, sino arrastrándose por el suelo.



LA CABAÑA DEL TIO TOMÁS.

(CONTINUACIÓN.)

— — —

—Esta carta es muy importante— dijo Eva—porque su antigua ama debe enviar á Tomás dinero para rescatarle ¿comprendes, papá? se lo ha prometido.

Saint-Clare pensó para sí, que eso sería una de esas promesas que los amos benévolos hacen muy á menudo á

sus esclavos para endulzar las amarguras de la separación, pero que en general no tienen intención de cumplir. Sin hacer ninguna observación sobre esto, mandó á Tomás que preparase los caballos.

Aquella misma noche la carta de Tomás quedó escrita y puesta en el correo.

Mientras tanto, la señorita Ofelia perseveraba con ardor infatigable en sus trabajos domésticos. Todo el mundo convenía en la casa, desde Dinah hasta el último negrito, que la señorita era verdaderamente *curiosa*, término que los esclavos del Sur aplican á aquellos que no son de su agrado.

Los esclavos de esta categoría, como Adolfo, Juana y Rosa, decían que no era de ninguna manera una señora, porque, decían ellos, las señoras no trabajan de ese modo; que no tenía el *aire* de ello, y se sorprenderían de que perteneciese á la familia de Saint-Clare.

La misma María aseguraba que la actividad de su prima concluía por fatigarla; y entretanto miss Ofelia trabajaba con un ardor tan incesante que daba algún fundamento á estas quejas. Desde la mañana hasta la noche se la veía coser con la energía de una persona que espera su subsistencia de su trabajo; después, cuando declinaba el día, doblaba su costura y salía el inevitable gancho, y héla de nuevo atareada y trabajando más que nunca. Era verdaderamente fatigoso verla trabajar.

CAPITULO IX

TOPSY

Una mañana, miss Ofelia, que estaba ocupada en sus cuidados domésticos, oyó la voz de Saint-Clare que la llamaba desde lo bajo de la escalera.

—Baja de prisa, prima, que te tengo que enseñar una cosa.

—¿Pues qué es?—preguntó miss Ofelia, llegando con su labor en la mano.

—¡Te he comprado esto, mira!—dijo Saint-Clare, presentándole una negrita que podía tener de ocho á nueve años.

Era uno de los ejemplares más negros de su raza; sus ojos, redondos y brillantes como cuentas de azabache, lanzaban rápidas miradas á todos los sitios de la habitación; su boca, entreabierta de sorpresa ante la esplendidez del salón de su nuevo amo, dejaba ver una fila de blancos dientes; su negra y lanuda cabellera se formaba de gran cantidad de sortijillas que se encrespaban en todas direcciones; notábase en su fisonomía una curiosa mezcla de agudeza y astucia, encubierta por apariencia falsa de gravedad y melancolía. Estaba vestida con un trozo de saco, sucio y desgarrado, atado alrededor de su cintura; allí estaba, en pie derecho, con las manos cruzadas sobre el pecho. Todo su conjunto denunciaba algo así como picaresco y vivaracho; y, como decía miss Ofelia, algo así tan pagano, que la buena señorita se asustó al principio. Volvióse hacia Saint-Clare.

—Agustín, por favor, ¿por qué me has traído esta criatura?

—Para que la eduques y la enseñes el camino que debe seguir; me ha parecido un ejemplar bastante notable de su especie. ¡Aquí, Topsy!—añadió, silbando, como si llamara á un perro;—enseñanos cómo sabes cantar.

Los ojos negros y brillantes de Topsy tomaron una expresión de malicia bufa, y, con voz clara y perceptible, entonó una melodía extraña, cuyo compás marcaba con el pie y la mano, y se puso á dar vueltas alrededor del salón, chocando sus rodillas una con otra y sacando de su garganta los sonidos guturales que caracterizan la música de su raza; por fin, después de dos ó tres saltos y una nota final, muy prolongada y tan aguda como el silbato de una máquina de vapor, dejóse caer sobre la alfombra, siempre con las manos cruzadas sobre el pecho, y con un aspecto de dulzura y gravedad que pudiera haberse creído de buena fe, si no hubiera sido por las oblicuas miradas que dejaba escapar por el rabillo del ojo.

Miss Ofelia, estupefacta, guardaba silencio, y Saint-Clare gozaba maliciosamente con su sorpresa; por fin, dirigiéndose de nuevo á la niña, le dijo:

—Topsy, esta es tu nueva ama; á ella te entrego, y ahora procura portarte bien.

—Sí, amito—respondió Topsy con la misma gravedad é inclinando los ojos hipócritamente.

(Se continuará.)

4. De Dios el don e — ter — no es siem — pre cier — to, Por Cris — to lo te —

ne — mos; Y si por el mo — men — to es — tá en — cu — bier — to, Cre —

yen — do ya lo ve — — mos.

2.

Del cielo hablando siempre con certeza:
Lo que hay en él sabemos:
Y todo lo que Dios nos dá en promesa
Creyendo ya lo vemos.

3.

Nosotros somos hechos para el cielo
Do en gloria viviremos;
Es la esperanza de él nuestro consuelo;
Creyendo ya lo vemos.

4.

¡Oh Dios! tus obras han de conocerse;
Y de ellas gozaremos:
Aquello que sin fe no puede verse
Creyendo lo veremos.

5.

Pero si mi mirada en Tí se fija
Con tierna confianza,
Disípase el temor, y ya me alienta
Un rayo de esperanza.

6.

Una palabra sola que descienda
De tu alcázar augusto,
Tornará la borrasca que me agita
En la calma del justo.

LA VIDA DEL EVANGELISTA

I

Apenas el sol anuncia
 en sonriente alborada
 ser la luz de un nuevo día
 y en Oriente se levanta,
 cuando el buen trabajador
 á sus faenas se marcha,
 para buscar el sustento
 que necesita en su casa:
 cuando el niño refunfuña
 y á su buena madre llama,
 pensando en su caballito
 y en su sable de hojalata;
 y cuando el rico, metido
 en su bien mullida cama,
 roncando está á pierna suelta,
 con faz riente y lozana:
 el evangelista humilde
 al clarear la mañana,
 y al ver al luciente sol
 entrando por su ventana,
 ora, cayendo de hinojos,
 pidiendo con dulce calma:
 «Dios me conceda este día
 para convertir un alma.»

II

—Este Evangelio, señora,
 de la Biblia es una parte.
 —No quiero, no, nada de eso,
 que me huele á protestante.
 —Es lo mismo que el del cura...
 —No siga más adelante.
 —Escuche usted un momento...
 —¡Vaya un hombre! ¡qué cargante!
 En esto, llega el marido,

que fiero é inexorable,
 empuñando un buen bastón,
 le grita con gran coraje:
 Le romperé las costillas,
 si no se marcha al instante.

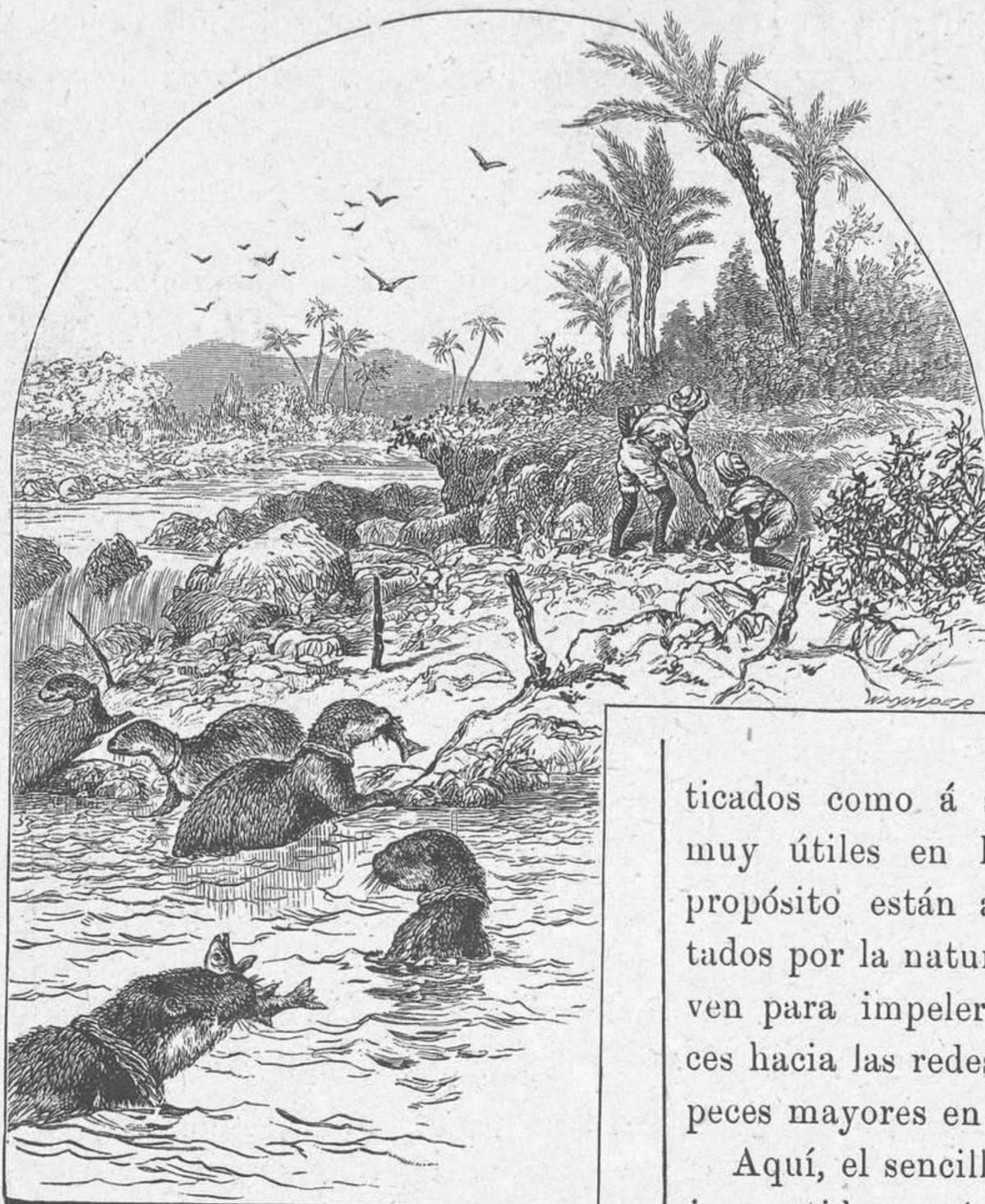
.

Unos le afrentan y silban,
 y de broma haciendo alarde
 le tiran piedras y gritan:
 —Vamos todos á quemarle;
 es un hereje, un demonio,
 un pícaro detestable,
 un bribón y un embustero,
 un sofista, un miserable...
 Y arman todos un escándalo,
 y en esto llega el alcalde
 diciendo con tono uraño
 al bueno del protestante:
 —Usted produce alboroto
 reuniendo gente en la calle,
 y contra la religión
 de nuestro rey (que Dios guarde)
 ha hecho demostraciones;
 con que amiguito, ¡á la cárcel!

III

En asquerosa prisión
 yace el pobre Evangelista.
 Mas nada teme el cristiano;
 sabe despreciar su vida,
 su bienestar y su casa,
 cuando precisa rendirlas
 por causa del Evangelio,
 que es su causa más querida.
 Sólo le aqueja el pensar
 en su querida familia
 y también que ningún alma
 pudiera ser convertida.





PESCADORES DE CUATRO PIES.

Cuenta el ilustre Obispo Hebert en sus *Viajes por la India* el siguiente incidente notable:

«Pasamos con gran sorpresa mía por entre una fila de unas diez ó doce nutrias, grandes y hermosas, atadas con collares depaja y cuerdas, á estacas de bambú sobre la orilla de un río, el Matta Colly. Unas nadaban en el agua cuanto les era permitido por la cuerda, otras yacían mitad dentro mitad fuera

del agua; otras terceras se revolcaban sobre un banco de arena, emitiendo al mismo tiempo un agudo silbido, como si jugaran.

Se me dijo que los más de los pescadores de aquella región poseían uno ó dos de esos animales, los cuales tenían tan domes-

ticados como á sus perros, siéndoles muy útiles en la pesca, para cuyo propósito están admirablemente adaptados por la naturaleza: unas veces sirven para impeler las bandadas de peces hacia las redes, otras para coger los peces mayores en su propia boca.

Aquí, el sencillo indio muestra mejor sentido y más juicio que los señores civilizados y cristianos de Europa, que tienen como pasatiempo el cazar y acosar estos preciosos acuáticos, dignos de mejor suerte.» Esto y mucho más se podría decir acerca del trato que reciben otras bestias que nos son sumamente útiles y provechosas, y que á diario vemos tan maltratadas y con tanta crueldad, por los mismos que debían tener mayor interés en cuidarlas.



PARÁBOLA DE LA NATURALEZA

(CONCLUSIÓN.)

—Yo creía que la Alondra sería sabia y bondadosa—observó el verde y manso Gusano, comenzando otra vez á dar vueltas á los huevos;—pero voy viendo que no lo es, sino que es tonta é impertinente. Tal vez subió *demasiado* esta vez. ¡Qué lástima es que personas que suben tan alto sean tontas y groseras! ¡Ay de mí! ¡Si yo supiera á quién ve y qué hace por allá!

—Te lo diría si me creyeras—cantó la Alondra volviendo á bajar.

—Creo todo cuanto me digas—contestó el Gusano tan seriamente como si fuese cierto.

—Entonces te diré otra cosa—exclamó la Alondra,—porque todavía me resta lo mejor de mi mensaje. *¡Tú mismo has de ser una mariposa algún día!*

—¡Pájaro infeliz!—exclamó el Gusano — ¡te burlas de mi inferioridad! ¡Eres tan cruel como tonto! ¡Vete de aquí! No vuelvo á pedirte consejo.

—Te dije que no me creerías—dijo la Alondra enojada.

—Creo todo lo que me digas—insistió el Gusano,—¡es decir, es decir!—y comenzó á vacilar,—todo lo que es *razonable* para creer. Pero decirme que los huevos de mariposa son gusanos y que estas tendrán alas y se harán mariposas..... ¡Necio!

—¡Necio tú, Gusano, que la quieres echar de sabio! ¡Necio tú, que pretendes raciocinar sobre lo que no puedes enten-

der! ¿No oyes cómo mi canto se llena de regocijo á medida que subo hacia ese misterioso mundo de arriba? Gusano, lo que te venga de allí, recíbelo, como yo lo hago, como cosa cierta.

—Eso es lo que se llama.....

—Fe—interpuso la Alondra.

—¿Cómo puedo aprender á tener fe?—preguntó el Gusano.

En ese momento sintió que algo se movía á su lado. Miró en esa dirección y he aquí ocho ó diez verdes gusanitos que andaban de aquí para allá, y que ya habían agujereado la hoja de col. ¡Habían salido de los huevos de la Mariposa!

Vergüenza y asombro llenaron el corazón del verde Gusano, mas luego dieron lugar al regocijo; porque si la primera maravilla había sido posible, tal vez la segunda lo sería también.

El Gusano habló á sus parientes, por todo el resto de su vida, del tiempo en que llegaría á ser Mariposa.

Ninguno de ellos lo creía. Pero él había aprendido la lección de fe que le dió la Alondra, y cuando iba á entrar en su tumba, haciéndose crisálida, dijo:

—Seré una Mariposa algún día.

Pero sus parientes creían que estaba tocado de la cabeza, y decían:

—¡Pobrecito!

Y cuando ya fue Mariposa é iba á morir otra vez, dijo:

—He visto muchas maravillas; tengo fe; puedo estar confiada ahora con respecto á lo que vendrá después.





TRABAJO Y DESCANSO

«Sale el hombre á su hacienda
y á su labranza hasta la tarde.»
(Salmo 104. 23).

Dos cosas hay en este texto: trabajo y el fin del trabajo, descanso. Trabajo y labor durante todo el día, hasta la tarde, que es el tiempo del descanso. El trabajo no es en sí mismo un fin, sino el medio para un fin. Sale el hombre á su trabajo y labor en la mañana de su vida, sigue todavía atareado bajo el sol del medio día, y no para hasta la tarde, cuando caen las sombras.

«Todas las cosas—dice el predicador—andan en trabajo más que el hombre pueda decir. Pero el trabajo y la labor pueden revestir colores muy diferentes según los comprenda y acepte el hombre que trabaja. Bajo un punto de vista, aparecen repulsivos; bajo otro, brillantes. Por ejemplo, hay personas que consideran todo trabajo como cosa fastidiosa, una necesidad desagradable que hay que llenar y procurar echar á un lado. No se puede pensar que el trabajo verificado bajo tales condiciones sea nunca bien hecho. Además, el trabajo de un hombre reacciona sobre él mismo, y si los efectos de este espíritu son malos en lo que concierne al trabajo, ¡cuánto peores serán en lo que toca al trabajador mismo! En este siglo de agitación y desasosiego se impacientan las gentes para acabar y despachar sus trabajos, y así sus trabajos, débiles, faltos de corazón é incompletos, carecen del

sello de la originalidad y se reflejan en las vidas de los obreros.

Pero hay otros para quienes su trabajo no es fastidio y que tienen gusto y orgullo en ejecutarlo.

Aman el trabajo por su propia causa. Examinad los trabajos finos y detallados que han dejado los antiguos tallistas de esas soberbias catedrales góticas, y veréis cuánto amaban sus trabajos, cuánto gusto deberían tomar en ellos. Hasta en los rincones más retirados la labor es perfecta. El obrero murió siglos ha, pero su obra permanece. Puso su corazón en su labor, la amó, y aun así, muerto, todavía nos habla.

Pero demos aún otro paso más. Los que han hallado el secreto de la verdadera labor ó trabajo, lo consideran como cosa sagrada. Lo desempeñan, podemos decir religiosamente, de acuerdo con el mandato de San Pablo. «Todo lo que hagais, hacedlo como al Señor.» Así su obra diaria es un continuo salmo de alabanza. No importa lo que hagan, no importa si sale bien ó mal desde el punto de vista humano, se acepta el motivo, y el trabajo del hombre es un culto que ofrece á Dios.

Cuéntase que se quejaban de un escultor ateniense de que perdía el tiempo tallando y adornando con tanto esmero y delicadeza las partes posteriores de sus estatuas de mármol. Estaban destinadas al friso de algún suntuoso templo, y una vez colocadas en sus nichos, ningún ojo humano volvería á ver su trabajo. ¿Por qué, pues, gastar tan-

to trabajo en lo que nunca sería visto?

—¡Ah, sí, pero los dioses ven por todas partes—contestó el escultor.

Los dioses ven por todos los lados. He aquí el secreto verdadero del trabajo.

Pero llega el fin de todo el trabajo. Las condiciones de la vida del hombre no son todas de trabajo. Viene el tiempo del descanso, «sale el hombre... hasta la tarde.» La tarde es el tiempo para saborear los resultados del trabajo, las dulzuras de la labor del día. La labor divorciada de toda suerte de recompensa sería una pura esclavitud. Considerad el día natural: el obrero, el jornalero anhela con fervor la noche, porque en todo trabajo hay la esperanza del reposo, de poder ver los frutos del trabajo.

También es la tarde el tiempo para pasar revista tranquila al trabajo del día. Y especialmente es este el caso en la tarde de la vida. Al contemplar entonces los trabajos tendremos que confesar que ha habido muchas faltas y errores; mucho de lo que hemos hecho parecerá muy insignificante, y los errores muy grandes. Pero después de la tarde de la vida humana viene la mañana de la vida eterna; ningún error ni negligencias de la vida actual pueden empañar la gloria de la aurora celestial y eterna para aquellos que han trabajado en y por su Salvador, el Señor Jesucristo.



LA CABAÑA DEL TIO TOMÁS.

(CONTINUACION.)

—Es necesario ser buena, ¿comprendes, Topsy?—dijo Saint-Clare.

—¡Oh, sí, amito!—repitió Topsy, cruzando las manos devotamente.

—Ahora, Agustín, haz el favor de decirme qué pretendes hacer—dijo por fin miss Ofelia.—Tu casa está llena de estas sucias criaturas, de tal modo, que no puede uno moverse sin tropezar con ellas. Me levanto por la mañana, y ya me encuentro acurrucada detrás de la puerta una de esas caras negras, después aparece otro arrastrándose debajo de la mesa, y me tropiezo con un tercero dormido sobre la esterilla. Se les ve en todas las ventanas, gritando, haciendo piruetas y gestos; cubren todo el suelo de la cocina, y aún añades esta.

—Prima, has hablado tanto sobre la educación, que he creído complacerte, dándote un sujeto completamente nuevo, para que apliques tu sistema.

—¿Y qué necesidad tenía yo de esta niña más? Te digo que estoy hasta por encima de los ojos de todos tus negritos.

—¡Ah, eso sois todos los cristianos! sois buenos para formar sociedades y para enviar á un pobre misionero á pasar el resto de sus días, en medio de los paganos; ¿pero se trata de tenerlos á vuestro lado, en vuestra casa, y trabajar de buen grado en su conversión? ¡Oh, entonces son sucios y fastidiosos, no os atrevéis á tomaros este trabajo!

—¡Agustín! No había yo mirado este

asunto bajo ese punto de vista—dijo miss Ofelia, con mucha calma.—Tal vez esté llamada á hacer una obra de misión—añadió, dirigiendo una mirada hacia la niña.

Saint-Clare había tocado la cuerda sensible, porque la conciencia de miss Ofelia estaba siempre alerta.

—Pero—continuó—yo no comprendo por qué has comprado esta chiquilla, cuando había tantas en tu casa en las que emplear mi tiempo y mis cuidados.

—Vamos, prima—dijo Saint-Clare, llevándola aparte—tengo que pedirte perdón por mis ligeras é insignificantes palabras; eres tan buena después de todo que estoy seguro que no haces caso de ellas. Lo que pasa, es que esta niña pertenece á unos borrachos, que tienen una taberna, por cuya puerta pasaba todos los días. Ya estaba cansado de oirla gritar y de verla regañar y pegar. La he notado un aspecto picaresco al mismo tiempo que inteligente, que me ha hecho concebir esperanzas de que se podría hacer algo de ella; así, la compré y te la regalo. Procura darle una buena

educación, á la moda de Nueva Inglaterra; ya sabes que yo no tengo nada en ese género y me gustaría verte ensayarlo.

—Pues bien, haré lo que pueda—replicó miss Ofelia, adelantándose hacia su nueva educanda, lo mismo que quien se esfuerza en acercarse á una araña negra.

—Está horriblemente sucia y medio desnuda—dijo.

—Pues bien, haz que la laven y la vistan.

Miss Ofelia la llevó á la cocina.

—¡No veo la necesidad que el amito Saint-Clare tiene de otro negrito!—exclamó Dinah, dirigiendo á la reciénvenida una mirada de pocos amigos.—Lo que es bien seguro, es que yo no quiero tenerla sobre mis rodillas.

—¡Puaf!—exclamaron con supremo desdén Juana y Rosa;—que no venga á ponerse en nuestro camino; ¡no comprendo lo que el amito Saint-Clare quiere hacer con tanto negro de baja estofa!

(Se continuará).

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO MENSUAL ILUSTRADO.

PRECIOS DE SUSCRICION: Por un año: en Madrid, Ptas. 2; en Provincias, Ptas. 2'50

Se suscribe en la Administracion, Librería Nacional y Extranjera, Madrid, calle de Jacometrezo, 59. Remítase el importe en sellos de franqueo, ó en letras de fácil cobro.

MADRID 4898.—Imp. de Idamor Moreno Cruzado, Suc. de J. Cruzado, Blasco de Garay, 9.